



La experiencia del daño y la muerte de Dios

Por Israel Paredes Badía

Cuatro años después de su realización, se estrena **Adam resucitado**, la última obra de Paul Schrader a partir de la extraordinaria novela de Yoram Kaniuk «El hombre perro», película sobre el horror, la locura, la ausencia de Dios y la condición humana en un mundo que ha perdido todo contacto con la realidad.

«EL HOMBRE PERRO» DE YORAM KANIUK pasa por ser una de las obras cumbres no solo de la literatura hebrea sino también de la literatura sobre el Holocausto. El acercamiento es extraño y poco habitual. A través de un estilo y una estructuración francamente innovadores, Kaniuk construye una obra experimental y narrativa al mismo tiempo para lanzar una mirada tanto a los campos como a sus consecuencias, sin dejar de lado una cierta mirada hacia cómo se construyó el estado de Israel a través de la exclusión de las víctimas de la sociedad. La novela es espléndida y presenta no pocas posibilidades para ser adaptada, de ahí el continuo interés por llevarla a la gran pantalla por cineastas como Orson Welles o Werner Herzog, para que haya sido finalmente Paul Schrader

quien haya acometido la dirección de «El hombre perro» a partir del guión de Noah Stollman.

EL HOMBRE

Adam resucitado se estructura narrativamente mediante una serie de *flashbacks* entre un presente ficcional (1961) y una serie de momentos del pasado que van desde 1926 a la década de 1950 relacionados de manera directa. Es decir, Schrader plantea que el presente de Adam en el centro psiquiátrico en el que se encuentra internado se corresponda directamente con un pretérito mostrado a modo de retazos: instantes de una vida que, de una manera u otra, fueron construyendo y/o destruyendo al hombre hasta convertirlo en perro. Desde su apoteosis como payaso en un Berlín de entreguerras (el paso de 1926 a 1930, es magnífico: primero vemos a Adam en un pequeño cabaret y después en un gran teatro; la elipsis la marca Schrader con dos planos sobrepuestos de un oficial nazi cuya vestimenta cambia y deja claro que hemos pasado de un momento seminal a uno de asentamiento en la ascensión al poder del nazismo que termina con el arresto de Adam) hasta su llegada a los campos en donde es recibido por el comandante Klein (Willem Dafoe); en el pasado Adam evitaría en una de sus

actuaciones que se quitara la vida al leer sus intenciones; de esta manera, Adam crea de alguna manera al monstruo que, con el paso de los años, evitará que vaya a las cámaras casi como un perverso regalo, pero que le humillará constantemente obligándole a comportarse como un perro en la intimidad de su barracón y fuera de ellos a *divertir* a los judíos que marchan hacia la muerte. Una relación enfermiza a la que Adam se aferra para salvar la vida, algo que no solo deshumanizará al hombre, sino que además asentará en su interior una semilla que devendrá en locura. Una manera de mostrar la propia conciencia del pueblo judío que no combatió.

Estamos ante un proceso de desnaturalización humana, la destrucción de quien asimila que para salvarse debe comportarse como un perro. Schrader se adentra en Adam con el indudable interés que debió suscitarle un personaje que va del todo a la absoluta nada para intentar, desde ella, regresar a una cordura que evidentemente nunca más vislumbrará. En un centro psiquiátrico en medio del desierto del Néguev que parece repetir las estructuras de los campos, Adam vive entre hombres y mujeres cuya única seña de identidad real se encuentra tatuada en forma de serial numérico en sus brazos. Eso es lo que son y el resto

es una realidad que les ha excluido. En sus conversaciones, Schrader aprovecha para introducir no pocas referencias a Dios, a su ausencia, a su cuestionamiento, muchas veces a través de unos diálogos metafóricos cuando no enloquecidos que se ajustan a la perfección a gran parte de su trayectoria como director y guionista. Porque *Adam resucitado*, entre otras cosas, es una película sobre la pérdida de la fe y de la creencia en un Dios cuando la razón ha abandonado al hombre. A la hora de fotografiar el centro psiquiátrico en medio del desierto del Néguv (el presente de Adam), Schrader lo hace en color mientras que el pasado hasta la década de los cincuenta, que es en sepia, lo elabora en blanco y negro. Es decir, podríamos ver *Adam resucitado* como un itinerario desde la oscuridad a la luz, que comienza con una total normalidad por parte del personaje, pasa por un proceso de pérdida de la razón y la lucha por su recuperación a la par que la búsqueda de una hija desaparecida (único resquicio no solo de una forma familiar sino también de un pasado feliz). Para ello, el payaso deberá primero representar un papel de perro humillándose frente al comandante Klein y los demás prisioneros para, después, en ese internado psiquiátrico similar al campo de exterminio, convertido en un teatro del dolor y la locura, seguir interpretando un papel para el resto de internos con el fin de que esa actuación sea la que les sane, la que les sitúa frente a la realidad de su locura.

EL PERRO

En *Adam resucitado* Schrader se adentra en dos de sus máximos intereses: el acercamiento a un hombre sumido en la destrucción (en este caso no es tan autodestructivo como el resto de personajes de Schrader: desde *Taxi Driver* (ídem, Martin Scorsese, 1976), *Toro salvaje* (*Raging Bull*, Martin Scorsese, 1980) y *La costa de los mosquitos* (*The Mosquito Coast*, Peter Weir, 1986), como guionista tan solo, o *Posibilidad de escape* (*Light Sleeper*, 1992), *Mishima* (1985), *Afflicción* (*Affliction*, 1997) o *Auto Focus* (2002) como director) y el hombre luchando contra sus propios demonios en un mundo animalizado que ha perdido su forma natural y, sobre todo, en la que Dios o una presencia divina a la que aferrarse ha desaparecido o bien no quiere hacer nada. Para mostrarlo Schrader recurre a un estilo en el que los movimientos de cámara van creando una sensación tan irreal como la que representa el psiquiátrico y los internados. Y aunque el cineasta opta por un realismo de quirófano, frío, tan aséptico como los propios barracones de los judíos, la sensación es que en realidad todo lo vemos a través de la mirada de Adam, quien descubre en una celda a un niño que se comporta como un perro al igual que él en el pasado y opta por acercarse a él para curarle. Y según lo va consiguiendo, según va este niño-perro abrazando una condición más humana, él también lo hará. El niño viene a ser su imagen, como si se mirara a un espejo y Schrader los relaciona mediante los gestos, los ojos, los movimientos del pasado y del presente, siendo, quizá, lo único real de todo: la relación entre dos seres que, en un momento determinado, acabarán abandonando su condición humana. Esa irrealidad, en cambio, contrasta con todos los capítulos de los *flashbacks* que, aunque con una



diferente fotografía, poseen un poso de realidad mucho mayor que el presente y algunos momentos (con momentos tan impactantes como el que relaciona el humo de la chimenea y los ladrillos de desesperación de Adam enjaulado como un perro). Schrader sigue siendo fiel a sí mismo no solo en cuanto a los temas tratados en *Adam resucitado*, sino también mediante ese estilo que trasciende (aunque sea recurrente, nos sirve el adjetivo) las imágenes para buscar más allá de lo que muestran. Por eso, el final de *Adam resucitado* resulta

en cierto modo decepcionante aunque comprensible en cuanto a cierre narrativo: la zarza ardiendo sustituida por el comandante Klein y la desaparición de este, viene a resumir no solo la locura de Adam, sino también la propia barbarie nazi, la cual mató o sustituyó a Dios. La resolución visual, por evidente y no demasiado convincente, resulta desconcertante en tanto que rompe con la sobriedad de la película y hace muy explícito lo que Schrader ya ha mostrado de otra manera. Al igual que el *flashback* en el que Adam se enfrenta a su yerno, quizá el único momento de la película que realmente parece superfluo. Instante, no obstante, que no empañan una película que se adentra en la experiencia del daño a través de unas víctimas recluidas en el desierto y alejadas de la realidad, como si sobrasen, como si su enfermedad recordara lo sucedido en los campos en un país, Israel, construido no por haber sufrido la barbarie del Holocausto, sino por derecho histórico. Y es sabido que ninguna patria se construye a base de víctimas, sino a través de la heroicidad. Así, *Adam resucitado* pretende mostrarnos a unos personajes abandonados por su gente y por Dios, que, sin embargo, encuentran en un loco visionario como Adam un posible nuevo hombre del que resurgir. Adam, el Hombre, el perro, ha bajado hasta los infiernos y en su regreso es capaz de sanar a los demás y de ver en su interior. En una ocasión, llega incluso a morir por ello. Pero resucita. Y lo hace para salvar a los demás y de paso para salvarse así mismo. Y cuando lo hace, Dios regresa para aniquilar a todos sus fantasmas. ■

Alemania-USA-Israel, 2008. T.O.: «Adam Resurrected». Director: Paul Schrader. Productores: Ehud Bleiberg y Werner Wirsing. Producción: 3L Filmproduktion, Adam Productions, Bleiberg Entertainment, July August Productions. Guión: Noah Stollman, según la novela de Yoram Kaniuk. Fotografía: Sebastian Edschmid, en color. Diseño de producción: Alexander Manasse. Música: Gabriel Yared. Montaje: Sandy Saffeels. Duración: 106 minutos. Intérpretes: Jeff Goldblum (Adam Stein), Willem Dafoe (Comandante Klein), Derek Jacobi (Dr. Nathan Gross), Ayelet Zurer (Gina Grey), Hana Laszlo (Rachel Shwester), Joachim Krol (Abe Wolfowitz), Tudor Rapiteanu (David), Juliane Köhler (Ruth Edelson), Moritz Bleibtreu (Joseph Gracci), Veronica Ferres (Sra. Fogel)